

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PUESTA AL DÍA OTRA VEZ CATALUÑA

LA editorial Aymá quiere reeditar mi libro Consideración de Cataluña. Me pide unas palabras nuevas, epílogo o apéndice, de algún modo puesta al día, de mi texto. Esto me ha obligado a lo que muy rara vez hago: releerme.

Consideración de Cataluña apareció originariamente en el Noticiero Universal —en aquel que dirigía mi fraternal amigo don José María Hernández—, en los últimos meses de 1965. En forma de libro, unos meses después, ya en 1966. Han pasado ocho años; no demasiado tiempo, pero han sido unos años densos, preñados de cambios, unos promesores, otros inquietantes. En Innovación y arcaísmo me he ocupado, precisamente, del drama histórico que se está librando desde las fechas de mi estudio sobre Cataluña.

¿Han cambiado las cosas en Cataluña desde entonces? Por supuesto; pero, sobre todo, ha cambiado España entera, y lo que es más importante: ha cambiado el mundo. Y estas variaciones repercuten sobre la realidad catalana.

Escribir —libre, verazmente— sobre Cataluña en 1965, diciendo con el mayor rigor lo que veía y pensaba, era arriesgado en más de un sentido; era posible que trajera consecuencias enojosas, no ya para el autor, sino para las realidades sociales a que pertenecemos y nos envuelven. Dabo decir que me complace haber escrito este libro, haber planteado con amplitud y lealtad, por primera vez en tanto tiempo, un problema apremiante y delicado. Cuando se habla de algo real, forzosamente se coincide en muchas cosas, sea cualquiera el punto de vista —siempre que sea de vista y no de invención, manipulación o suplantación—. Mis escritos tuvieron la virtud de que se hablara de Cataluña, de que se tratara de ella, se discutieran sus dificultades y sus posibilidades. No he de ocultar que hubo silencios significativos; que algunos catalanes relevantes no se dieron por enterados, no quisieron expresar su coincidencia o su discrepancia, adelantando una interpretación a la que por su figura estaban obligados. Pero, privada o públicamente, fueron muchos los que siguieron el diálogo, y he de citar como ejemplo principal a Maurici Serrahima, autor de un libro, Realidad de Cataluña (Respuesta a Julián Marias), Aymá, 1967, tan noble y cordial, tan amistoso y dialogante, con tanta zona de acuerdo —quizás un 80 por ciento— y un 100 por ciento de concordia.

Pienso que el haber existido conversación, diálogo, discusión —es decir, pensamiento— en torno a Cataluña haya contribuido a que sus problemas se estén planteando de manera civilizada, constructiva, con holgura, con una dosis sorprendente de franqueza y veracidad. Si se tiene la vista por el mapa (el de España y otros más amplios) se ve que esto no es tan frecuente como debiera; y bien vale la pena.

La libertad de movimientos de Cataluña ha aumentado considerablemente; y más que porque haya habido cambios institucionales, o siquiera políticos, simplemente porque ha empezado a moverse, a vivir con una «naturalidad» que en mi libro echaba de menos. Y automáticamente han empezado a facilitarse las cosas, han perdido mucho de irreal, han cobrado perfil de cosas reales, tangibles, practicables. Sin que se haya «decidido» nada, sin acuerdo expreso y explícito, muchos problemas se están resolviendo, a diferencia de lo que sucede en otros lugares.

No todo, sin embargo, ha mejorado en estos años. Ciertos grupos intelectuales, quizá movidos por un oculto descontento —quiero decir de sí mismos y como intelectuales—, prefieren perpetuar la irrealidad. Es curioso cómo evitan la palabra «español»; según su temple, dicen «peninsular» —dejando fuera, no sólo a las Canarias, sino a Mallorca, Menorca y las demás Islas Baleares— o «celtibero» o acaso «mesetario». Son los mismos que fingen desdeñar la literatura española —inferior a ninguna de las que han existido hasta ahora— e incluso la lengua —instrumento, si no me engaño, superior incluso a lo que se ha hecho con él—. (La lengua, por cierto, en que algunos escriben para hacerse traducir a un catalán mal poseído y quizá no muy bien amado, porque el buen amor no es excluyente ni hostil.)

Pero esto no tiene importancia, y no dejará huellas. En cambio sí la tiene, y mucha, un fenómeno acarreado por la reciente y modesta prosperidad económica de gran parte de los españoles. Gracias a ella, a las líneas de autobuses, a las compañías de turismo y, sobre todo, al automóvil familiar, un número enorme de españoles está conociendo y recorriendo España. Los catalanes, que desde hace doscientos cincuenta años han estado en la vanguardia de la prosperidad, un poco más que otros. Están tomando posesión física, visual, artística, alimenticia, convivencial, de España entera. En todas partes se ven coches y autobuses de matrícula catalana, y el catalán se oye, cada vez más, en todas las regiones españolas. De casi nada interesante hay estadísticas; me gustaría saber cómo ha aumentado en el último decenio el conocimiento que Cataluña ha alcanzado del resto de España. Y los catalanes están descubriendo esta verdad elemental: que es suya toda, que al viajar por la totalidad de la Península y sus islas siguen en casa.

Esto me parece decisivo. Todo el amor de los catalanes a Cataluña y todo lo catalán, empezando por la lengua, me parece admirable. Lo que me ha producido siempre un escalofrío ha sido que algunos catalanes no consideraran suyo todo lo español, que se sintieran «excluidos», que pensaran tener poco que ver con el Escorial o Toledo o Santiago o Córdoba o Bilbao; con Velázquez o Goya o Falla; con el Arcipreste de Hita o Fernando de

Rojas o Cervantes o San Juan de la Cruz o Lope de Vega o Unamuno o Machado. Escalofrío, sobre todo, por esos mismos catalanes, increíblemente despojados, empobrecidos, robados —por unos y otros, por todos los que en todas partes han contribuido a ello—. Si no me engaño, esto cada vez pasa menos; y si no hay algún tropiezo, si no comprometemos esa modesta prosperidad —tan numana, tan esencial para que vivamos como hombres europeos de fines del siglo XX—, si no recaemos en la manía —nombre griego de la locura—, muy pronto no será posible.

Dije en mi libro que las regiones españolas son muy variadas, y que además son regiones en muy varios sentidos. Ni siquiera la condición regional de aquellas que además del español poseen otra lengua propia es homogénea —entre otras razones, porque esa posesión reviste grados y formas muy diversos—. Hoy lo estamos viendo con más claridad que nunca. Cataluña tiene una forma de instalación en España y una personalidad que no se puede asimilar al caso de Galicia o del País Vasco —ni al de Valencia—. Ninguna de estas formas histórico-sociales es identificable con la de Andalucía; pero a su vez Andalucía difiere profundamente de Aragón, de Asturias, de Castilla la Vieja.

Cada vez parece más urgente enfrentarse en serio con la realidad de España, sin trampa ni cartón —ni cartón piedra—. Hay que respetarla escrupulosamente: su variedad, sus distintos niveles, sus formas de articulación, sus conexiones múltiples e intrincadas, su radicalidad, no sólo de origen, sino proyectiva o, como gusto decir, futuriza. Sólo así podremos salir al altamar de la historia, renunciando de una vez al cabotaje. ¿Será posible que se contenten con él los descendientes de los geniales marinos catalanes, castellanos, vascos, andaluces que tomaron posesión del globo?

El mundo entero está en reconstrucción. Las naciones son ilustres piezas insustituibles de Europa, pero ya no son suficientes; ni siquiera Europa entera se basta a sí misma, sino que sólo puede existir articulada con América, dentro de Occidente. La única soberanía posible es la que suelo llamar «soberanía compartida». A esta nueva estructura habrá de corresponder la interna de cada una de las naciones, por ejemplo, de esta España nuestra: la plena vivificación, hasta el máximo de fecundidad, creación, responsabilidad, iniciativa, integración.

En mi Antropología metafísica he escrito estas palabras: «El destino tiene que ser adoptado, aceptado, apropiado, hecho «mío»; no es objeto de elección, pero tiene que ser elegido; sólo así es rigurosamente destino personal o, con otro nombre, vocación».

Julián MARIAS

LA CIENCIA AYUDAS PARA VIVIR

DE vez en cuando, uno escucha o lee palabras como «técnica», «tecnología», «tecnificación» y derivados, y no resulta difícil observar que suelen ser proferidas con un ligero acento de pavor. La cosa viene de lejos, desde luego, pero la tendencia parece ampliarse. No me refiero, ahora, a ciertas anécdotas locales, de folklore político, en las que el confusionismo de vocabulario llegó a extremos irrisorios y donde la palabra «tecnocracia» —por ejemplo— ha sido usada por tirios y troyanos sin la menor seriedad. Pienso en la «técnica» de veras. Y pienso en la suspicacia con que se la ve. En ocasiones, las reservas tratan de disfrazarse con perifoneos éticos o socialoides: el ataque, entonces, simula dirigirse contra un presunto «consumo» desafiado, contra los desastres llamados «ecológicos», contra las abrumadoras amenazas de una tiranía cibernética, contra el humilde y cotidiano chupete televisivo. Toda una compleja ideología «antitecnológica», más o menos limpiamente confesada, fluye a nuestro alrededor. Sólo muy de tarde en tarde, y en algún momento rapsódico de sinceridad, el miedo se formaliza ante el fondo estricto de la cuestión: la «ciencia». Porque la «ciencia», claro está, es la madre del cordero. Puede haber —mejor: pudo haber, en el pasado— una «técnica» sin «ciencia» previa, meramente empírica: no pasa —ni pasó— de ser una técnica modesta, elemental, importante a su hora, como con la palanca, la rueda o el fuego, o la rueca y el telar primitivo, o las tisanas, pero de alcance limitado. La «ciencia» inauguraba otra «técnica»: ésta, la que vivimos.

Ya nadie, o —retengo la excepción apuntada— casi nadie, se atreve a despotricar a costa de la «ciencia». Las mismísimas disputas teológicas acerca de la compatibilidad entre la «ciencia» y la «fe», se han evaporado. Y sin embargo... Si no recuerdo mal, Bertolt Brecht, en su «Galileo Galilei», puso en boca del pionero pisano una frase entre asertiva y dubitativa. Algo así, y cito de memoria: «No creo que la ciencia pueda pro-

ponerse otro objetivo que el de aliviar la fatiga de la existencia humana». Bien mirado, tal ha sido, a la larga, la concepción «humanística» de la «ciencia», reflejada —además— en las aplicaciones prácticas de la «técnica». A nadie se le ocultan los aspectos siniestros de la manobra: ¿cómo excusar la evocación de episodios siniestros, empezando por el arsenal nuclear, inimaginables sin la explícita complicidad de la «ciencia»? Esto es obvio. No menos obvio es lo restante: la multiplicación de los alimentos y las medicinas, de las máquinas que mitigan el esfuerzo corporal de los trabajadores, los discos de Mozart y los libros baratos, las comunicaciones fluidas, el confort de posible democratización... Sí, el «alivio» se palpa. Cada día, las estadísticas nos informan de que descienden las víctimas de la tuberculosis, de la sífilis, de la poliomielitis, gracias a fármacos oportunos. Es un caso espectacular, pero las familias han sabido apreciarlo. Me abstengo de esgrimir otros. Y eso se paga, por supuesto. Las grajeas benéficas y el bisturí sabio, los electrodomésticos afables, el cochecito dominguero, todo, tiene su precio. ¿Cuál?

Los barítonos de la «antitecnología» apenas se preocupan de la vertiente sudorosa del problema: del «precio» reducido a dinero, y, en consecuencia, de las angustias del jornal. Para ellos, lo que cuenta es el desbarajuste de los «valores» metafísicos que implica la expansión de la «técnica». De ahí que, en sus argumentaciones, apuren la denuncia de los efectos «morales»: la crisis del matrimonio, la licencia erótica de los jóvenes, la descristianización de los muchedumbres, la ira de los hijos, la vejación de la autoridad... Probablemente, ésa es la contrapartida de las ventajas. El fondo del embrollo reside en la solidaridad de los fenómenos contradictorios que la «técnica» —o la «tecnología»: la «ciencia»— provoca. Las personas pacatas desearían disfrutar, a la vez, de la aspirina y del Derecho Romano. Y resulta que no: que la aspirina y la figura

del «pater familias» son inconciliables. Entre otros motivos, porque la aspirina conlleva la píldora anticonceptiva, y pongo el dedo en la llaga. Y las tentativas del pulmón de acero o de los trasplantes de vísceras son solidarias del aborto clínicamente solvente. Y con el teléfono en mano, la relación puede establecerse, con idéntica impunidad, con la suegra o con el amante. Y... Ya se ve a dónde voy. La «tecnología», que aún está en mantillas, se plantea como una verdadera revolución. Y una revolución que involucre hasta a los individuos más recalcitrantemente ternos. Recoge adhesiones de sus más perfilados enemigos. No puede ser de otro modo. ¿Quién será capaz de renunciar a la farmacia, o al teléfono, o al papel impreso?

Estoy manipulando evidencias tan simples, que el lector puede reprocharme la inocencia básica del comentario. Con todo, conviene insistir. Y más que por el lío de las peripecias diarias en cada domicilio, por otra virtualidad de enfoque. La «ciencia» —ajusticiada en sus orígenes: Galileo, para no salir del círculo— se impuso. Teóricamente, lo es todo. Nada de lo que circula en nuestra sociedad no quiere dejar de lado este aval. Un dentífrico, una tesis política, los detergentes, los transistores, la filosofía, las papillas para nenes o para perros, los «planes de desarrollo», las tribulaciones neotestamentarias, la estrategia de guerra y de guerrilla, la economía, y hasta la literatura y la sociología y la psicología, tan divertidas en su empeño, aspiran a ser «científicas». Nuestro mundo, a estas alturas, tendría que estar determinado por las perspectivas de la «ciencia», ya que de ellas venimos sobreviviendo. La «ciencia», en definitiva y sirva de resumen eficaz, sólo es una estipulación racionalista proyectada sobre cualquier materia. El adjetivo «racionalista» merece un entrecamillado especial. No todo lo «racionalista» es «ciencia», pero nada puede merecer el marchamo de «científico» si no es «racionalista». El «racionalismo» es, también, un método: la premisa de todos los

métodos. Y habría mucho que hablar acerca de unas cuantas «falsas ciencias» de moda: las «ciencias humanas». La aduana de una exigente «propedéutica» —o de una «profilaxis» respecto a los datos y a sus interpretaciones— daría magníficos resultados.

Pero no acaba ahí el problema. Por lo contrario: empieza. Porque, estadísticas en mano, uno llega a la conclusión de que nuestra sociedad es tan poco «científica» como la de los antepasados medievales. Basta visitar una librería, un quiosco de prensa, o atender a la pequeña pantalla, a la radio: la vigencia de las brujerías, de la astrología, de los vaticinios, del curanderismo, del espiritismo, de la sofrología, pone carne de gallina. De Erasmo o Spinoza a Einstein o Russell, pasando por Voltaire y la «Encyclopédie», el trámite es precioso. Personalmente, soy un fan de Jean Rostand, anciano biólogo «como debe ser» y filtrado por muchas «humanidades». ¿Cómo explicar ese embate «irracionalista» en medio de las previsiones «racionalistas» en que estamos metidos? Los aficionados al horóscopo, esa mediante los diarios o la televisión, constituyen una irrefragable entidad medieval. La cantidad de supersticiones que asume la gente de la «era científica» es espeluznante. Pero, en última instancia —y salvo dramas insólitos—, todos acaban acudiendo al médico y a la botica: en un aprieto. Y para el negocio, todo es diáfano y ambiguo, a la vez, y explotable... La «ciencia» lo decide. La «ciencia» es un instrumento. Para bien o para mal, y etcétera. Ella y su «técnica» son nuestra específica —y relativa— solución frente al hambre, el dolor y la muerte. Las idioteces «irracionalistas», interpuestas, ¿a dónde inducen a llegar?... Sigo pensando en el Galileo de Brecht. A pesar de todo.

Joaquín FUSTER

215 03 95

BANCA CATALANA "Información y Asesoramiento"

